

La irrupción del argumento, el argumento de la irrupción.
Retórica y epistemología en tres perspectivas sobre la metáfora.

Tomas Sabio (FFyL-UBA)

tomassabio94@gmail.com

En este trabajo buscaremos desarrollar una perspectiva de la metáfora en términos de su potencial epistemológico. La retoricidad del lenguaje ha sido históricamente considerada ya sea un anverso del conocimiento, ya sea un mal menor a la mano para hacer más digeribles los procesos argumentativos. La metáfora, entendida tradicionalmente como un parche del lenguaje en sus momentos de laguna, ha tenido un derrotero donde ha sido discutida y reapropiada desde distintas corrientes intelectuales. Lo que nos interesa desplegar en ese sentido son tres posturas donde la metáfora muestra sus lindes con el conocimiento y, más aún, el espacio que ocupa en las discusiones sobre su peso en el desarrollo de los argumentos; por eso nos interesa ver hasta qué punto se puede abandonar su reduccionismo a elementos irracionales. En ese sentido propondremos tres líneas; 1) La postura desarrollada por Ernesto Laclau, tanto en artículos comprendidos en *Los fundamentos retóricos de la sociedad* (Laclau: 2014) como en *La Razón populista* (Laclau: 2004), donde la metáfora es entendida como un espacio de condensación de demandas en torno a un vacío discursivo que también recibe el nombre de hegemonía; 2) El análisis de la metáfora llevado a cabo por Paul De Man en diversos artículos presentes en *La ideología estética* (Paul De Man: 1998) donde se auscultan textos centrales de la filosofía moderna para ver la irrupción tropológica en posturas centralmente reticentes a la retórica en “La epistemología de la metáfora” o se analizan los efectos de distanciamiento y de desnombramiento en “El concepto de ironía”; 3) finalmente nos interesa ver el aporte de Hayden White en *Metahistoria* (White: 1973) donde la estructura cuádruple de los tropos, entre ellos la metáfora, subtiende a la vez que se inserta en una dinámica argumental que es inescindible de los recursos figurativos, sino su forma misma de estructuración. En este periplo buscamos llegar desde la metáfora entendida en términos decisionistas, es decir, como la emergencia de un nuevo significado resultado de un proceso precario y contingente de agenciamiento político, pasando a una perspectiva

centrípeta donde la metáfora se muerde la cola en una dinámica inmanente y se vincula con los procesos argumentales desde su potencial derrota y disolución, hasta una perspectiva que ubica a la metáfora no como la derrota siempre abierta, sino como el centro de un discurso argumentativo y racional entendido en sentido amplio.

La metáfora como hegemonía

La filosofía política de Laclau ha consistido en una incorporación cada vez más aguda y preponderante de la retórica como centro neurálgico de la construcción de lo político, de la objetividad social que una vez constituida es el espacio de articulación de las identidades políticas. En *La razón populista* se sostiene la equivalencia entre ideología y retórica; incluso se afirma que la retórica es la anatomía de la ideología (Laclau, 2004: 26).

Esto se entiende mejor si consideramos el proyecto global de Laclau: derogar un conjunto de compromisos ontológicos del marxismo tales como la idea del proletariado como agente natural de la revolución o la determinación del campo político por las relaciones de producción. La respuesta a ambos problemas teóricos encuentra su centro en la noción de hegemonía. En ella Laclau logra establecer que las identidades colectivas no son previas a las tareas políticas que acometen los agentes o al lugar en las relaciones de producción en el que están insertos. Es el vínculo mismo el que establece la identidad, por lo tanto, precaria y contingente.

La hegemonía, sostiene Laclau en *Hegemonía y estrategia socialista* (Laclau, Mouffe: 1985) tiene su origen en la historia del marxismo como un suplemento en tiempos de crisis. Así, en el contexto de eventos que tensaban el paradigma evolutivo de una filosofía especulativa de la historia, situaciones concretas que ponían en suspenso la narrativa convencional de la teleología marxista, surge la necesidad teórica de suplir dicho hiato entre teoría e historia. Era necesario resolver teóricamente los daños colaterales de una lógica de la necesidad que se iba poblando de impostergables, contingencias y saltos evolutivos (Laclau y Mouffe, 1987: 107). Por eso ante la Revolución Rusa, con su inserción en un capitalismo avanzado, pero en el contexto de una sociedad eminentemente agraria, fue exponente de una excepcionalidad que debía ser explicada. La sociedad rusa todavía necesitaba llevar a cabo su revolución democrática. Su agente natural era la burguesía. Sin embargo, dicho agente natural no estaba en condiciones de hacerlo y era necesario que otro agente se hiciera cargo de dicha tarea que

no le correspondía de acuerdo a la ontología del proceso histórico. Hay una narración primaria que consiste en las leyes necesarias del desarrollo capitalista cuyos personajes, con roles perfectamente esclarecidos, son la burguesía y el proletariado. Luego hay una segunda narración donde la burguesía no puede llevar a cabo o no puede cumplir su rol narrativo y es necesario que otro personaje lo asuma (Laclau y Mouffe, 1987: 87). En esa apropiación contingente signada por una excepcionalidad histórica donde un agente histórico se hace cargo de una tarea que no le es natural es donde reside el lugar de la hegemonía en el marxismo.

Volviendo a la discusión respecto del populismo, Laclau sostiene que muchas de las impugnaciones que ha sufrido este concepto se deben a su asociación con la irracionalidad y a una lógica política que es asimilada a las técnicas de la persuasión en la retórica; en ambas el centro sería la manipulación y la exhortación a las emociones sobre los argumentos y la razón. El populismo sería mera retórica, espacio voluble y difuso. Pero para Laclau el movimiento tropológico no es un adorno de una realidad social consolidada, sino el centro mismo de su constitución, que es metafórico (Laclau: 34). La metáfora es entendida como una relación de sustitución entre términos sobre un principio analógico. Esto implica que el populismo no es entendido ya como un tipo particular de ideología, sino como una lógica social que establece una división en dos del campo social a través de una lógica equivalencial. Es equivalencial, es decir metafórica, porque distintas demandas particulares insatisfechas en el campo social son pensadas como equivalentes entre sí (Laclau: 34). Al mismo tiempo que mantienen su particularidad, de lo contrario se reducirían a una identidad, se constituyen en un lugar común donde cada demanda es nombrada por la otra. Esta equivalencia se logra, por lo tanto, por una lógica metafórica que se expresa en la afirmación: la demanda A es la B. Este carácter metafórico de la lógica populista se plantea para Laclau en términos decisionistas; esto supone que la metáfora no tiene un carácter argumentativo, sino una modalidad de irrupción en un contexto en última instancia indeterminado.

Para entender el carácter decisionista de la metáfora tenemos que incorporar la noción de heterogeneidad que es sustancial en el argumento de *La razón populista*. Laclau sostiene que el antagonismo social no puede ser dialéctico; si fuera dialéctico, por ejemplo, el antagonismo entre la burguesía y el proletariado se tendría que poder deducir del vínculo

mismo que se establecen entre ellos de acuerdo a su lugar en las relaciones de producción (Laclau: 188). Sin embargo, sostiene Laclau, ser trabajador sólo implica vender fuerza de trabajo. De ese contenido conceptual no se puede deducir ningún antagonismo intrínseco. Para que haya antagonismo es necesario que el trabajador no sólo sea enajenado del fruto de su trabajo, además tiene que oponerse y resistirse a dicha enajenación. Pero entre ambas actitudes no hay una relación automática. Es por eso que Laclau va a sostener que “El antagonismo (...) se plantea entre las relaciones de producción y una identidad que es externa a ellas” (Laclau: 188). A su vez esta identidad es resultado de una articulación de demandas contingente que permite trazar una frontera y que la individualidad de cada una sea, de todas formas, equivalente con las otras. Por lo tanto, si no hay una derivación necesaria que vaya de la posición en el sistema social y su inscripción en la identidad antagonizante, nos es dado concluir que no puede haber puntos de lucha privilegiados ni a priori que determinen una identidad sustancial previa a la articulación de demandas. De esta manera Laclau llega a la conclusión de que la heterogeneidad se debe entender como ese resto social que es inasimilable para una reconducción dialéctica, que evita el cierre pleno de lo social y es la instancia de indeterminación última que permite la irrupción política así como los tropos son una irrupción en el lenguaje. Así se entiende a qué nos referimos cuando sosteníamos que la función de la metáfora en la filosofía política de Laclau es decisionista; es un momento de una irrupción semántica en el campo social que no es posible derivarlo de las antecedencias ni deducirlo de principios estructurales, ya sean económicos o políticos.

La metáfora como *parábasis*

En *La ideología estética* (Paul De Man: 1998) el crítico literario belga desarrolla una filosofía de la retórica donde ausculta la tradición filosófica y sus tradicionales afrentas contra el discurso de la persuasión y logra dar cuenta de cómo los tropos subtienden gran parte de la tradición y están en el centro de sus balbuceos y sus ansiedades metafísicas. En “La epistemología de la metáfora” De Man plantea que fue objeto privilegiado de la historia de la filosofía el celo por resguardar el conocimiento de todas las filtraciones retóricas que amenazan sus posibilidades de certezas. Es por eso que la filosofía se debate entre renunciar a toda arista retórica o trazar límites claros para mantenerla domesticada y no poner en riesgo sus posibilidades epistemológicas (De Man: 53). Una muestra paradigmática es el tradicional

elogio del empirismo por su decoro figurativo frente a los aluviones metafísicos de sus adversarios filosóficos; entre ese decoro especialmente John Locke aparece como modelo de la suspicacia hacia la retórica.

En la filosofía del conocimiento de Locke, sostiene De Man, vemos una descripción de la retórica como un poderoso instrumento de error y fraude (De Man: 56). De hecho su teoría del lenguaje termina siendo un subconjunto de su perspectiva más amplia a la que dice llegar empujado por los razonamientos que lo fuerzan a concluir que el lenguaje es fundamental en toda filosofía del conocimiento. Esta teoría no hace otra cosa que contrabandear la filosofía tropológica de Locke aunque él crea que está haciendo todo lo contrario. Siguiendo la exposición que de Locke hace De Man vislumbramos una teoría del lenguaje en la que 1) el lenguaje es arbitrario respecto al signo 2) eminentemente semántica y 3) la significación se entiende como un proceso sustitutivo de ideas por palabras.

En la teoría del conocimiento de Locke existen las ideas simples, cuyos ejemplos pueden ser el movimiento o la luz, elementos indefinibles que funcionan prácticamente como tautologías (De Man: 59). Luego estarían las sustancias, que junto a las ideas simples forman parte de la naturaleza, y pueden entenderse como colección de propiedades o como fundamento que subtiende a las propiedades. En el primer caso tenemos la dificultad de determinar qué propiedades serían fundamentales y cuáles no, haciendo de la totalización de propiedades que constituye una sustancia un procedimiento arbitrario. En el caso de pensarla como fundamento el problema estaría en saber distinguir esencia exterior e interior; el ser humano se puede pensar desde su esencia exterior, sus características físicas, o en términos por ejemplo, de racionalidad. Por esto De Man considera que las sustancias pueden pensarse en términos metafóricos, donde las distintas propiedades se tornan equivalentes respecto a la sustancia o en término en que una de ellas nombra todas las demás. Por último estarían los modos mixtos en la ontología lockeana, entidades que ya no se encuentran en la naturaleza, ligadas plenamente con el lenguaje. Los modos mixtos se vinculan con el uso y abuso del lenguaje (De Man: 64), particularmente con la figura de la catacresis. Esta figura refiere al nombre figurativo de una cosa que no tiene una contraparte literal, como es el caso de la hoja de una espada o la pata de una mesa. Este tipo de metáfora que plantea que el desvío de la literalidad es constitutivo y no derivado es la irrupción plena del lenguaje en una realidad que

se presumía autónoma. Es por esto que, siguiendo a De Man, Locke es particularmente hostil a estas entidades, justamente por la independencia que expresan respecto a la experiencia empírica, lo que demuestra que la entidad empírica no puede ser protegida de la figuración tropológica (De Man: 64).

En este punto podemos incorporar a nuestro discurso el artículo “El concepto de la ironía”. El texto mismo empieza asumiendo que el título mismo es irónico; no tiene concepto la ironía y esto es lo que problematiza los desarrollos críticos tradicionales en Estados Unidos (De Man: 234). En general, esta crítica ha llevado a deseos de domesticación de la ironía, modos de diseñar una hermenéutica inapelable ante la pregunta de si un texto es irónico. Este manual de instrucciones retóricas no genera para De Man una adecuada caracterización de la posibilidad irónica. La ironía, como asedio siempre posible pero a la vez disruptivo, aparece en el análisis del romanticismo alemán, sobretodo en Schlegel. La ironía no es un tropo identificable, como si de huellas con procedimientos químicos detectables se tratara, es la posibilidad siempre amenazante de un punto de fuga, pero un punto de fuga que pueda aparecer en cualquier lugar y que está en cualquier lugar. Paul De Man usa la figura de la *parábasis* para dar cuenta de este acontecimiento tan incómodo e incodificable. La *parábasis* era un momento de la comedia antigua donde los personajes desaparecían de escena y el coro se quedaba interactuando con el público, muchas veces sobre un tema vinculado al de la obra. En este sentido, la *parábasis* es un fenómeno digresivo, un punto de fuga de la estructura narrativa. Pero en el caso de la ironía, la *parábasis* es aquello que hace imposible toda narración, es un punto de fuga, una digresión no premeditada, una irrupción desconsoladora. Es este carácter imprevisible lo que la hace revolucionaria. De hecho, citando a Frye, De Man dice que la ironía es la figura del alejamiento. Pero, replica que todo tropo es un alejamiento, un movimiento respecto al uso cristalizado. Por lo que la ironía sería la *parábasis* del sistema de tropos mismo, sería lo digresión que imposibilita la agrimensura en las fronteras de los tropos. Es decir, la ironía es el punto de fuga que anuncia el desnombramiento de toda narrativa y de los tropos mismos.

Volviendo a la idea de metáfora desarrollada previamente por De Man, podemos decir que también hay un modo de pensarla en términos de *parábasis*, así como la dinámica tropológica en su conjunto. Al final del primer artículo trabajado, De Man concluye que es inútil intentar

reprimir la estructura retórica de los textos; tienden a reaparecer bajo la apariencia de categorías formales (De Man: 73). La metáfora, al igual que en el caso de Laclau, tiene una preponderancia en el fundamento mismo de la consolidación de las estructurales conceptuales. Esa dinámica funciona en forma de irrupción o *parábasis*; esto implica que no está orgánicamente presente como parte de un argumento, sino que fundamentalmente es producto de un desvío fundacional y, como tal, es contingente y precaria.

La metáfora como argumento

En el caso de la filosofía de la historia tropológicamente informada de Hayden White nos interesa ver una función distinta para la metáfora. El modelo tropológico adoptado por White es cuádruple. Los primeros tres tropos, metáfora, metonimia y sinécdoque, parecen operar como figuras pre-reflexivas, operadores imaginativos que no requieren de un distanciamiento de su propio mecanismo. Por otro lado, la ironía ya no sería expansiva, sino retrospectiva, “el lenguaje figurativo se pliega sobre sí mismo y cuestiona sus propias posibilidades de distorsionar la percepción” (White, 2014: 46). En el caso de la metáfora, figura pre-reflexiva, nos encontramos con un de los tropos maestros que tiene por principio la analogía o la transferencia de una cualidad a un nombre. En este caso la definición es tradicional, incluso considerada estrecha en sus posibilidades verbales, y podría ser compartida por los otros dos autores. Sin embargo lo que nos interesa de la noción de metáfora en la filosofía de White, más que su definición, es el rol que ocupa en el dispositivo hermenéutico de los sistemas historiográficos.

Para White los estilos historiográficos son la articulación de distintos niveles de conceptualización que se pueden condensar y cruzar de distintas maneras. Hay cinco niveles de conceptualización de la obra histórica: 1) crónica; 2) relato; 3) modo de tramar; 4) modo de argumentación; 5) modo de implicación ideológica (White: 16). Estos cinco niveles son principios estructurales de todo sistema histórico y presuponen una prefiguración de su campo, de su objetividad, que es codificado por los tropos. Lo que nos interesa particularmente de esto es el modo en que los tropos son imprescindibles para la constitución del campo histórico y, a la vez, como sólo se articulan y se torna eficaces encuadrados en los distintos niveles antes mencionados. Por eso la metáfora, como tropo dominante, no puede

funcionar de la misma manera ni con la misma viabilidad en cualquier modo de argumentación o en relación con cualquier implicancia ideológica.

En la filosofía de la historia de White hay cuatro formas paradigmáticas que puede adoptar una explicación histórica en su modalidad argumentativa que son la formista, organicista, mecanicista y contextualista (White: 24). Estos cuatro modelos que, a su vez, son tomados de la teoría del conocimiento de Stephen Pepper y asumiendo su estrechez sólo productiva por la de los presupuestos filosóficos que suelen adoptar los historiadores, tienen por objetivo dar cuenta de la necesidad que tiene un sistema historiográfico de desarrollar alguna forma argumental. Esto no quiere decir que cuando el historiador trama los hechos del pasado que le interesa hilvanar no esté, en algún sentido, ya argumentando. Sin embargo en esta modalidad los hechos son considerados como elementos encuadrados en relaciones de causalidad ubicada en una ubicación espacio-temporal específica (White: 23). Por eso no es posible, para White, pensar a los tropos divorciados de estrategias de argumentación específicas; esto torna a su empresa teórica de un vigor retórico mucho más intenso en la medida en que se subraya el carácter disputativo y eminentemente argumental de la retórica y de sus recursos. Es en este contexto donde establece las llamadas afinidades electivas que vuelven algunas combinaciones esperables y a otras inviables por el tipo de contenido conceptual que tiene cada nivel que convertirías ciertos solapamientos contradictorios (White: 38). Estas afinidades o armonías entre los distintos niveles conceptuales no deben entenderse, de todas formas, como procesos deductivos con información redundante e iterativa. Si así fuera bastaría con notar la forma de argumentación de un historiador para detener la lectura y adivinar sus implicancias ideológicas o la forma de prefigurar el campo histórico a través del acto poético de la figuración. Para White esas afinidades cobran interés y productividad, precisamente, cuando entran en tensión sus premisas y los sistemas historiográficos terminan operando un agenciamiento que se puede entender como figurativo en la medida en que resuelven de forma no convencional un desarrollo estilístico estándar. Hay estilo historiográfico cuando no hay deducción esquemática de sus distintos niveles. Por eso Hegel puede tener una prefiguración trágica del campo histórico en su dinámica cotidiana y de luchas particulares pero, al mismo tiempo, una perspectiva cómica en términos de desarrollo histórico universal.

Lo que nos queda claro de este análisis de la obra de Hayden White es que la metáfora, como tropo maestro en su perspectiva tetrádica, opera una prefiguración del campo histórico y que es, por lo tanto, fundamental para cualquier empresa epistemológica que emprenda un historiador. Por eso mismo es inescindible su dinámica de su inserción en un horizonte argumentativo en la que queda subsumida.

Conclusión

En este trabajo hemos desarrollado tres perspectivas donde la metáfora como parte de un dispositivo retórico más amplio tiene diversas consecuencias epistemológicas. En el caso de Laclau y Paul De Man tenemos una perspectiva donde la metáfora ocupa el rol de irrupción. En el caso de Laclau la metáfora es el momento de la consumación de la articulación precaria y contingente de demandas particulares metonímicamente ligadas. En el momento metafórico se establece una identidad que no es posible deducir de las demandas particulares que nombra y representa en su lógica equivalencial. No es deducible porque no hay una respuesta automática ni una afinidad *a priori* de una demanda con otra que permite develar el modo en que se van cristalizar en un elemento que se vacía (no del todo como ya dijimos) para ser nombre de todos los elementos que se articulan en torno a ella; eso es lo que Laclau define como hegemonía. En la filosofía de la literatura de De Man los sistemas filosóficos tradicionales más hostiles a la retórica terminan siempre generando el verdugo de sus propias premisas; los tropos terminan filtrándose en los pliegues más adustos, logrando que toda filosofía sobria de las cosas termine invadida por esas plantas vigorosas que no se pueden controlar (De Man: 66). Por lo tanto, en ambos autores tenemos una lectura de la metáfora como agenciamiento contingente que irrumpe ya sea para articular demandas o para desequilibrar un texto de sus entrañas, pero que no aparece como parte de un argumento, sino como momento decisionista.

En el caso de White vemos una respuesta más rica en ese sentido y más productiva en términos epistemológicos. En el caso del filósofo de la historia podemos ver una perspectiva tropológica donde la metáfora se articula siempre en el marco de un proceso argumentativo más amplio; este proceso no debe entenderse en términos de un argumento necesariamente esquemático, con premisas mayores y menores, sino como un modo de explicación específico que no renuncia a la razón, sino que la desarrolla en términos distintos. Así la metáfora es un

modo entre otros de prefigurar el campo histórico, de producir objetividad, y es inseparable de una forma específica de dar cuenta de determinados hechos, insertándolos en una matriz casual. Por eso nos parece que el decisionismo que encontramos en las primeras dos aproximaciones no termina de responder a la otra faceta de la retórica; por un lado tiene que estar el momento de la innovación semántica, del agenciamiento en el lenguaje que permite una ampliación del mundo, pero también tiene que estar el otro momento fundamental que es la discusión argumental en una situación retórica particular donde se busca tener mejores razones y que los otros consideren lo mismo.

Bibliografía:

De Man, P. (1998). *La ideología estética*, España: Edición Cátedra.

Laclau, E. Mouffe. C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid: Siglo XXI.

Laclau, E. (2014). *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Laclau, E. (2011). *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

White, H. (2014). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México: Fondo de cultura económica.